

# El trabajo está hecho de esperas

## Entrevista con Clarice Lispector

Eric Nepomuceno

Traducción de Manuel Núñez Nava

Esta entrevista es un raro momento del periodismo y la literatura. Clarice Lispector, la gran escritora fallecida en 1977, nunca había concedido una entrevista.

“FUE LA ÉPOCA EN QUE VIVÍAMOS en Washington. Una tarde, yo trabajaba mientras mis hijos brincaban a mi lado, como siempre. Yo escribía con la máquina en el regazo, y ellos a mi alrededor. Entonces uno de ellos dijo: Mamá, ¿por qué no nos cuentas una historia?, ¿por qué no escribes un cuento?”

“Jamás me había pasado por la mente escribir una historia para niños. Aquella fue la primera: ‘El misterio del conejo pensante’. Era un cuento policiaco para niños, y lo escribí en inglés. Los muchachos hablaban inglés y yo quería que aprendieran bien la lengua del lugar en que vivíamos, y ese lugar era Washington.”

Es una mujer solitaria, que teme al fuego. Hace algunos años sufrió un terrible accidente: se quedó dormida con un cigarro encendido. Las sábanas se incendiaron. El fuego le dejó marcas en el cuerpo y una mano mutilada. No quiere recordar aquello. El fuego le da pavor. Cuando se siente muy deprimida, escoge su ropa con cuidado y se viste especialmente bien. Enciende una gran vela de colores y se queda mirando la llama. Es una mujer extraña. Tiene un aire misterioso, pero dice ser una persona sencilla.

Su perro, un cachorro, tiene una extraña costumbre: come colillas de cigarrillos. Hay quien dice que el cachorro fuma. El visitante olvida un cigarro encendido en el cenicero y el cachorro viene y lo agarra. Clarice está siempre advirtiéndolo: “Cuidado con el cigarro encendido”.

El apartamento es amplio y confortable. Clarice explica: “Fue un golpe de suerte. El edificio acababa de ser construi-

do y el dueño aceptó cambiármelo por el que yo tenía entonces, que era más chico. Él quería un apartamento más pequeño. Así que cambiamos. Fue muy duro, después, pagar la diferencia; nadie vive de la literatura en ese país”.

Su rostro, extraño, anguloso, como tallado, fue retratado por muchos pintores importantes de Brasil y del extranjero. Carlos Scliar tiene una amplia serie de dibujos del rostro de Clarice. Portinari le hizo un retrato al óleo. El italiano De Chirico, cuando Clarice vivía en Italia, en 1949, dibujó su rostro. Escribe todo en pequeños pedazos de papel o en algunos cuadernos. A partir de esas anotaciones fragmentadas, reunidas a lo largo de los años, ella va construyendo sus libros. Tiene pavor al fuego y a la idea de no volver a escribir: “¿Se da usted cuenta de lo que significa no poder escribir? No me refiero a este libro que estoy escribiendo desde hace tiempo, sino al hecho de no escribir nunca más.”

“El otro día fui al correo. Ya no recuerdo para qué. La muchacha que me atendió, después de verificar mi nombre y dirección, preguntó: ‘¿Clarice Lispector, la escritora? ¡Vaya, qué suerte conocerla!’

“Eso me pareció terrible. Me asustó la posibilidad de transformarme en una persona... ¿cómo decirlo?... pública”.

El apartamento, en el barrio de Leme en Río de Janeiro, tiene una sala grande, confortable, luminosa, y sus paredes están repletas de cuadros. El visitante es recibido por una Clarice retraída y por un cachorro exaltado. Esta mujer cautelosa, desconfiada, es autora de más de catorce libros publicados. Algunos de ellos son considerados piezas fundamentales de la literatura contemporánea en lengua portuguesa. No hay uno solo de sus libros que no haya sido llamado, por lo menos, excelente.

Al hablar mezcla vestigios de algún idioma impreciso (Clarice nació en Ucrania) con el acento modulado del nordeste brasileño. Cuando contaba dos meses sus padres se mudaron a Recife, y allí vivió hasta los doce años. Después se fueron a Río, donde vive hasta hoy. En el periodo entre Recife y Río pasó largas temporadas en Italia, Suiza, Inglaterra y Estados Unidos. En todos esos países vivió con su marido, un diplomático del que ahora está separada. No cuenta nada de su vida privada. Apenas dice que tiene dos hijos grandes, Pedro y Paulo. Uno vive con el padre y el otro con ella.

Hoy, a pesar de su miedo a convertirse en una persona pública, Clarice está obligada a aceptar su singular posición en la literatura en lengua portuguesa. También trabaja —y mucho— como traductora. De vez en cuando hace, para algún periódico o revista, grandes series de entrevistas. Dice que vive de esos trabajos.

*Todo mundo sabe que usted no relee sus libros. Se dice, inclusive, que no oculta un cierto desprecio por ellos. ¿Es eso cierto?* Más o menos. Lo que siento es que un libro, una vez terminado, pasa a tener vida propia. Es como la cría de un animal. La realización del libro, sea cual fuere su contenido —un cuento o una novela— es siempre algo doloroso. Un proceso angustiante. Terminado ese sufrimiento, consumado el parto, yo quiero que el libro corra su propia aventura. No pulo el estilo, no retoco nada.

*¿Qué condiciones considera usted ideales para escribir?* (Entre sus libros hay cuentos para niños, escritos originalmente para sus dos hijos. También hay crónicas, novelas, narraciones, entrevistas; según los entendidos, es el cuento lo que ella maneja con rara, excepcional maestría.)

Si con eso de “condiciones ideales” usted quiere decir paz de espíritu, tranquilidad material y sosiego, debo decirle que para mí todo eso es una gran mentira. No hay condiciones ideales para escribir. En mi caso particular, comienzo un relato cualquiera y termino completamente absorbida por él. Ahí comienza el proceso que, para mí, es muy doloroso. Hay un detalle: ese proceso se desarrolla ahí, en aquel sofá, donde me siento con la máquina de escribir sobre las rodillas. Así escribo siempre. Cuando mis hijos eran pequeños, escribía mientras los cuidaba, con los dos corriendo a mi alrededor. Siempre quise evitar que ellos tuviesen de mí la imagen de “madre escritora”. Escribía, entonces, cerca de ellos, tratando de no aislarlos. Es fácil imaginar lo que eso significaba: interrupciones a cada instante, uno que viene a



pedir un cuento, otro que viene con preguntas locas, típicas de niños. Así trabajo yo. Las condiciones ideales están dentro de cada uno.

*Esa actitud que usted asumió hacia sus hijos, o sea la decisión de rechazar la imagen de “madre escritora”, ¿se extendió al mundo en general? Quiero decir: usted se niega o se negó siempre, en términos más o menos enérgicos, a asumir la posición de “mujer escritora”. ¿Por qué?*

Siempre rechazo los llamados “medios intelectuales”. Tengo amigos escritores que en primera instancia son amigos y después escritores. Nunca me acerqué a nadie por el hecho de que, como yo, escribiese. Siento repulsión por el mundo superficial de los literatos, no me mezclo con ellos. Soy una persona amiga de otras personas. Y hay otra cosa que quiero decir: escribir es para mí cosa natural, aunque extremadamente angustiada y difícil. Soy una mujer que escribe, porque para mí escribir es como respirar, necesario para sobrevivir. Tal vez por eso no me gusta hablar de mis libros. Lo que tengo que decir está en ellos, y fue tan difícil escribirlos...

*Mucha gente dice que usted es una escritora “complicada”. ¿Cómo reacciona frente a este tipo de observaciones?*

Mucha gente viene a decirme: “¡Qué lindo su libro tal, pero qué complicado!” o “¿qué quiso usted decir con tal frase, o con aquella imagen?” Yo siempre respondo con otra pregunta: “¿Qué fue lo que usted entendió?” No creo en soluciones ni explicaciones absolutas. Acredito, eso sí, la interpretación de cada lector. En mi opinión, un libro o un cuadro, una melodía o una película no puede, no debe pasar inadvertido. Yo quiero que cada quien entre en el relato, en el conflicto y que, a partir de entonces, encare de un modo personal lo que yo escribí a mi manera. ¿Me explico?

*¿Y qué pasa cuando alguien encuentra un sentido diferente o contrario a lo que usted pretende decir?*

Eso es normal, siempre pasa.

*Y usted, ¿cómo lo enfrenta?*

Creo que es correcto. Cada quien tiene que dar la interpretación que quiera. Cada uno puede y debe entender las co-

sas a su manera. Ya dije que hay personas que vienen a decirme que algún libro mío es bonito, pero complicado. Y también hay mucha gente que se acerca a mí para decirme que simplemente no entendió nada o que todo le pareció demasiado confuso. A esa gente le recomiendo una segunda lectura. A veces ocurre que, después de algún tiempo, alguien vuelve a un libro y encuentra todo diferente. Porque las personas cambian, ¿no es eso?

*¿Se venden mucho sus libros?*

No sé, no entiendo nada de ese asunto. La venta de mis libros no me preocupa mucho. Ya le dije: cuando termino un libro entrego los originales al editor, y pronto. Soy como una madre animal, mis libros son mis hijos, y luego me olvido de ellos. Algunos editores insisten constantemente en que debo publicar. Pero ya estoy cansada de los libros, cansada de escribir; no quiero presiones, no quiero plazos fijos, no quiero nada de eso.

*Y fuera de Brasil, ¿cómo han recibido sus libros?*

No sé. A veces llega algún recorte de crítica. Quisiera poder seguir de cerca las traducciones, porque eso me parece un punto delicado. Sé de algunas críticas sobre algunos de mis libros, que señalaban graves defectos de traducción; pero en eso, por supuesto, no se puede generalizar. Me parece bien que me lean en otros idiomas, fuera de Brasil, pero nunca pensé demasiado en ese asunto.

*Dado el desprecio que usted siente por sus libros, no creo necesario preguntarle si tiene preferencia por alguno en especial...*

Claro que me gustan mis libros, y mucho. Lo que pasa es que nunca los releo. Son una cosa acabada. De vez en cuando me acuerdo de uno u otro cuento. A veces recuerdo íntegramente largos párrafos. Pero no me quedo en eso. No analizo, no revalúo, no fomento en mí falsos orgullos. Eso: no siento pasión por lo que he escrito.

*Sé que usted está escribiendo. ¿Qué?*

Nunca hablo de lo que estoy escribiendo. Al contrario de algunos escritores amigos que, al hablar, maduran una cosa, si yo hablo de lo que estoy escribiendo, después ya no puedo continuar.

*En términos de corriente literaria, ¿cómo clasificaría usted sus libros?*

Escuche: yo sólo me considero escritora en el momento exacto en que estoy escribiendo. Fuera de eso, nunca me siento

obligada a pertenecer a una escuela o estar al día con determinadas obras.

*¿Usted lee poco?*

Depende. Actualmente, estoy cansada de la literatura. Cansada de libros.

*Haciendo a un lado las corrientes literarias, ¿estaría usted de acuerdo, por lo que dice respecto a su obra, en reconocer que ella es, digamos, extraña?*

No, no me parece extraño lo que escribo. Encuentro, eso sí, que es sorprendente. No entiendo cómo, con mi indomable impaciencia, con esta inquietud salvaje que tengo, puedo producir cuatrocientas páginas de prosa. El trabajo, para mí, está hecho de esperas. El trabajo mayor es esperar. Una persona acaba por aprender a vivir de sus esperas.

*¿Es importante la literatura?*

Sí. Pero no la literatura de los literatos, sino la de los que aman, la literatura de los apasionados. Yo soy una persona que ama. Los literatos visten frac y llevan chistera: son los otros, los no intelectuales, los que poseen la magia. Me considero una apasionada porque no sé escribir por obligación: solamente consigo escribir por inspiración. Odio la popularidad, el ego es pernicioso para los escritores.

*¿Cómo trabaja usted?*

Para escribir necesito abstraerme de todo. Cuando escribo no pienso en nadie, ni siquiera en mí. Lo único que me preocupa es captar la realidad íntima de las cosas y la magia del momento. Mis novelas y mis cuentos surgen en fragmentos, son anotaciones sobre los personajes, el tema, el escenario, que después voy ordenando, pero que nacen de una realidad interior vivida o imaginada, siempre muy personal. Nunca me preocupa la estructura de la obra. La única estructura que admito es la estructura ósea. •

Río de Janeiro, enero de 1976

CLARICE LISPECTOR, narradora brasileña. Su impactante prosa poética ha seducido a mucha gente en el mundo. Entre sus libros destacan *La araña* y *un aprendizaje o el libro de los placeres*.

Publicado en octubre de 1970.